

Había entrado en la casa de Amanda abatido y sombrío; pero al salir estaba trasfigurado: brillaba en sus ojos una decisión generosa, y su frente, ántes inclinada como la de un malhechor, se levantaba ahora como pidiendo al cielo brisas puras que la regenerasen.

III.

ENFRIAMIENTO DEL ALMA.

Casi al mismo tiempo que tenía lugar la escena precedente entre aquellos dos seres desgraciados y enemigos de Julia, ésta, sentada en su casa y al lado de Mme. Merval, hablaba tranquila, aunque con alguna tristeza.

—Te repito, querida Clemencia, decía la artista, que es preciso que mudemos de habitación: ya ves cuán débil estoy y cuán pocas fuerzas recobro: yo no sé, por lo tanto, cuándo podré acabar otro cuadro, que empezaré mañana, pero en el que adelantaré poquísimo.

—¡Es posible que así hayas de desanimarte, Julia mia! exclamó Mme. Merval: te sobran inspiración y talento, ¿por qué ha de faltarte el valor, que es lo ménos, cuando Dios te da lo más?

—Pero ¿no conoces que eso que llamas tú *lo más* debe ceder á *lo ménos*? ¡Ay! ¡Las miserias de la vida devoran la del artista más que su trabajo y sus vigílias, como dicen aquellos que nos juzgan más favorablemente! Es verdad que yo podré hacer muchos cuadros tan buenos y mejores aún que *El Egoísmo*; pero entre tanto

que acabo el primero, no puedo pagar esta habitacion, porque es cara... y debo buscar un asilo más modesto.

— ¡Más modesto, Julia! ¡Más modesto, cuando para tí, para tu genio, sería poco un palacio!

— ¿Y de qué es digno entónces tu talento, pobre amiga mia? dijo Julia estrechando la mano de Clemencia. ¿Quién püede compararse á tí? ¿Qué no merece ese divino libro que estás terminando? ¡Ay, que no has terminado ya, agobiada por el desaliento de no saber si hallarás comprador para él!

— ¡Dios mio! murmuró Clemencia. ¡Y pensar que todo el París rico, culto, elegante, está ansiando conocer á la autora de aquel soberbio cuadro! ¡Y pensar que tienes ahí un velador lleno de ramilletes y de billetes amorosos! ¡Y pensar que se disputarian mañana, hoy tal vez, el placer de tenerte en sus salones las más orgullosas beldades!

— ¡Y pensar, exclamó Julia á su vez, que tú, la autora sublime de *El Alma enferma*, vives en una buhardilla con tu anciano padre, cuando debias vivir en un palacio y tener carruaje propio! ¿No dicen que hay en París tantos novelistas que viven con un lujo lleno de esplendor y de delicias?

— Sí que los hay.

— ¿Y valdrán tanto como tú?

— ¡Quién sabe! respondió Clemencia con una tristeza llena de resignacion. ¡Tal vez sí, ó quizás no; pero ellos son hombres, y la senda de la gloria está llena de abrojos para las pobres mujeres; sólo se puede cruzar con valor apoyada en un brazo varonil. Julia, si tu marido,

en vez de ceder al más ruin de los sentimientos, á la envidia, hubiera sido el primero de tus admiradores... créelo... hoy seriais ricos, estimados y dichosos! Si mi esposo, si mi pobre Luis, hubiera vivido, no estaria yo hoy desanimada y temerosa de luchar con la avaricia de M. Picard: el talento de la mujer, si es verdadero, produce opimos frutos, apoyado por el amor paterno ó conyugal, porque á una mujer no le están bien otros protectores que su padre ó su esposo; mas si no tiene ninguno de estos dos, vivirá siempre pobre y desgraciada, y tal vez su talento será escarnecido por los necios, plaga mortal de la sociedad, castigo de los que sentimos y pensamos.

— ¡Es verdad! murmuró Julia; y hé aquí por lo que te digo: ¿Cómo ha de ser? ¡Paciencia!

— Pero ¿persistes en cambiar de habitacion?

— Es preciso: ya te he dicho que no puedo pagar ésta.

— ¿Y tu marido?

— ¡Ah, desgraciado! ¡No me hables de él! exclamó Julia con una terrible explosion de dolor, que contrastaba amargamente con su anterior y lánguida tristeza. ¡No me hables de él!

— Por el contrario, amiga mia, hablemos de él, repuso Clemencia con grave dulzura: he advertido que hace dias no le nombras: ¿qué sucede de nuevo?

— ¡Sucede lo que yo habia previsto! El infeliz está sumido en un desaliento mortal: viene sólo á dormir... Se levanta muy temprano y se va huyendo de mis miradas... Sólo dos ó tres veces ha venido al mediodía.

me ha dicho con acento sordo, acompañado de una mirada sombría :

—Julia, dame de comer, que tengo hambre.

—¿Y le has dado?

—¡Cómo no, si era verdad que estaba hambriento!
¡Y aunque no lo hubiera estado!

—Julia, dijo dolorosamente Clemencia, yo creo que has llegado á cobrar un miedo mortal á tu marido.

—¡Sí, respondió ésta, le tengo miedo!

Estas palabras fueron pronunciadas con voz sorda y baja : al mismo tiempo que las dejaba escapar de sus labios, Julia tendió en torno suyo una mirada de terror; luego prosiguió :

—Pero no creas, Clemencia, que el miedo que yo tengo es á que me maltrate mi marido, no; ¡lo que temo es su degradacion, que caiga en la infamia, en esa infamia de que no se sale. Temó que el hambre, que la pérdida de todo decoro le haga robar ó le arrastre á suicidarse!

—¡Oh, calla por Dios! ¡Qué horror! exclamó madame Merval, ocultándose el rostro con las manos.

—Ya no hay nada que le ligue á la vida, continuó la pobre esposa dolorosamente : á mí me aborrece... No tenemos hijos, y ha perdido la esperanza de su arte, el valor para trabajar, sus instintos de pudor y dignidad... ¿Qué debo esperar, pues?

—¡Ah, veo que eres mucho más infeliz que yo! exclamó Clemencia; tanto, que no sé cómo consolarte; pero déjame que te hable de lo único que me es posible hacerlo... Déjame que busque el único rayo de luz que

vislumbro entre tantas tinieblas! Tú le amas aún, ¿no es verdad?

—¡No lo sé! respondió Mme. Blanford meciendo con desaliento su cabeza : para amar á un hombre hay que empezar por estimarle... ¡y yo no estimo á mi marido!

—¡Oh, no hables así; porque si te entregas á esos fatales pensamientos, estás perdida! ¡Tú amas á Diego! ¡Persuádate de ello tú misma! ¡Lo necesitas para no matar tu corazón!

—¡Ya lo sé, respondió Julia : lo que con más terror veo es este profundo enfriamiento de mi alma; ya no hay vida más que en mi fantasía; tanto he sufrido, que ya toda causa de alegría es nula en derredor mio y no produce efecto : ántes era dichosa con una flor ó con un rayo de sol; ahora, en presencia de la naturaleza, mi alma permanece muda, helada y triste. Me imagino las más bellas coronas para mi frente... Me imagino rica, adorada, rodeada de pompa, y despues de contemplar todo esto con los ojos de la fantasía, me pregunto tan impasible como ántes : — ¡Bien! ¿Y qué?

Julia pronunció este *¿y qué?* con tan profunda expresion de hastío y de amarga indiferencia, que Clemencia la miró con una compasion llena de pena.

—¡Desdichada amiga mia! exclamó tomando la mano de Julia. ¿Es posible que á tu edad, y con las bellas esperanzas que sonrien en derredor tuyo, no has de ver más que tinieblas? ¡Ah, no te dejes abatir por ese marasmo moral; reza, llora, sal al campo, y la vista de la naturaleza te reanimará!...

Julia meció tristemente la cabeza.

— ¡Déjame que repita la sola pregunta que puedo hacerte! ¿No amas ya á tu esposo? continuó Clemencia, deseosa de prestar algun calor á aquella alma, que se helaba. ¿No esperas en su arrepentimiento, en su amor?

La artista no respondió por lo pronto á estas preguntas: quedóse meditabunda, y hubiérase dicho que las postreras palabras de su amiga hacian vibrar en su alma una cuerda olvidada desde hacía largo tiempo.

— No, respondió tras una pausa: el amor de Diego, primero y único de mi vida, ha llegado á ser un sueño de mi imaginacion; un sueño como toda idea alegre que llega hasta ella: un abismo terrible nos separa.

— ¿Un abismo?

— Sí: ¡su envidia, su malhadada envidia! ¿Crees tú que se apagará su rencor, ó que á mí me será dado ya estimarle? Hay sentimientos que envilecen tanto á quien les da entrada en su corazon como al que los inspira.

— Pues entónces, mi pobre Julia, ¿qué esperanzas guardas en tu alma? preguntó Mme. Merval, que no podía reprimir sus lágrimas.

— La de una vida mejor que ésta, respondió la artista tranquila y suavemente: espero en el cielo: espero en Dios, único amigo que no nos engaña jamas, único consolador de los afligidos; espero en Dios, que ha dicho estas hermosas palabras:— *Los que lloran serán consolados.*

Clemencia iba á responder, pero Adelina, que entró en aquel instante, pálida y trémula, se lo impidió.

— Hermana, dijo á Julia con voz alterada, ha venido.

— ¿Quién ha venido? preguntó Mme. Blanford.

— ¡Él!

— ¿Quién es él?

— ¡Rafael!

— ¿Ha venido Rafael?

— ¡Sí! ¡dice que á verme!..... Ya te dije..... era amigo de Natalia y mio.

— Bien está, ahora voy, contestó Julia, que al saber que se hallaba Rafael en su casa habia palidecido ligeramente; luégo, volviéndose hácia Clemencia, añadió:

— Hasta la noche, si es que no quieres pasar á la sala, aunque confieso que te lo agradecería mucho: ¡yo no sé qué mudanza es la que preveo aquí; mira!

Y señaló á Adelina, quien, en pié delante de un espejo, alisaba sus cabellos con el rostro radiante de felicidad.

— Pienso lo mismo que tú, respondió Mme. Merval, devolviendo á su amiga una sonrisa de inteligencia; vamos á la sala.

IV.

LA DECLARACION.

Clemencia, Julia y Adelina entraron en la sala, donde, paseándose, las esperaba Rafael.

El jóven estaba grave y serio: en su rostro pálido se advertía una resolucion suprema; pero al mismo tiempo, el brillo inusitado de sus ojos y la sonrisa algo amarga que de vez en cuando se dibujaba en sus labios, eran indicios claros de que la tranquilidad se hallaba muy léjos de su alma.

Al entrar las tres jóvenes se inclinó respetuosamente, y luégo que ellas se sentaron, lo hizo él al lado de Julia.

Esta se habia recobrado ya de su pasajera emocion y estaba tranquila: en su plácida fisonomía, abatida aún por su larga enfermedad, se reflejaba la augusta serenidad de su alma: sus ojos azules, grandes y límpidos como las aguas de un lago en una tarde de estío, se fijaban en Rafael con benévola expresion, y, al ménos por entónces, olvidaba todas sus penalidades presentes.

Clemencia estaba atenta y como asustada: con su penetrante talento, con su admirable intuicion, conocia

que iba á pasar algo grave y que debia tener gran influencia en el porvenir de su amiga.

En cuanto á Adelina, desde que se hallaba en presencia de Rafael habia vuelto á ponerse sonrojada y trémula: en su turbacion, apénas sabía cómo colocarse en su silla: miraba con pena su descuidado traje, pues habiéndose levantado tarde, aún no se habia vestido, y paseaba sus ojos desde Rafael á su hermana y á madame Merval.

—Señora, dijo Rafael dirigiéndose á Julia con acento breve y en el que se notaba no poca dureza, he estado algun tiempo privado del gusto de ver á V. por un motivo bien triste: el de su enfermedad.

—Ya sé, sin embargo, por Mme. Merval, que ha venido V. diariamente y en persona á informarse de mi estado, respondió Julia con una dulce expresion de gratitud.

—Ese era deber de mi amistad: cuando supe que ya estaba V. convaleciente, no quise molestarla con mis visitas, puesto que ellas debian robarle el tiempo, que era una necesidad consagrara V. al reposo: si hoy vuelvo aquí para solicitar de V. y de su esposo permiso para venir diariamente, es obligado por una necesidad de mi corazon.

Rafael acompañó estas palabras con una mirada dura y como de desaffo que dirigió á Julia: ésta no la advirtió, y respondió sencillamente:

—Mis amigos son tambien los de mi esposo, y así él como yo agradeceremos en mucho las visitas de V.

—No admito ese reconocimiento, señora, repuso Rafael, y sería vergonzoso para mí el no rechazarlo.

—A la verdad, no comprendo esa extraña delicadeza, murmuró Julia con una sonrisa.

—Voy, pues, á apelar al juicio de esta señora, cuyo talento me es muy conocido.

Y el pintor, al decir esto, se volvió hácia madame Merval.

—Perdon, caballero, repuso ésta con una sonrisa graciosa; ántes de hablar, debo preguntarle una cosa.

—Ya escucho, señora.

—En la cuestion en que yo debo decidir si V. ha de ser agradecido ó no, ¿quién ha de ser juez, mi corazon ó mi talento?

—Los dos, señora.

—Entónces, permítame V. decirle que debe estimar poco mi juicio.

—¿Por qué?

—Porque yo sólo sé juzgar con el corazon.

—No lo rechazo, sin embargo, repuso Rafael, y repetiré lo que ántes dije: no admito la gratitud, porque yo debo ser el agradecido, puesto que, permitiéndome venir á esta casa todos los dias, seré muy feliz.

—Aquí está Mr. Blanfort, que podrá dar tambien su voto, dijo Clemencia señalando á Diego, que en efecto entraba en la sala.

Este saludó á Mme. Merval: al inclinarse levemente delante del pintor, le echó una torva mirada, que Clemencia vió muy bien, pero en la cual no pudo reparar Julia, porque contemplaba absorta á su marido.

Su admiracion era excusable. Diego, si bien pálido y enflaquecido por sus desórdenes, habia vuelto á ser, al

ménos por aquel dia, el Diego pulcro y elegante de otro tiempo.

Su sórdido y raído traje negro habia desaparecido: llevaba un pantalon de color, que caia sobre un calzado nuevo y brillante: una levita color de castaña, que hacía resaltar la blancura de su chaleco y de su camisa, y una linda corbata de raso: su barba y sus melenas habian desaparecido igualmente: llevaba el cabello corto, bien peinado y rociado de perfume: su bigote castaño se ensortijaba en sus morenas mejillas con la gracia artística de sus mejores dias: pero ¡ay! sus ojos estaban apagados, su semblante pálido, y sus mejillas hundidas por el insomnio, la orgía y la desesperacion; y en toda su persona, ántes tan noble, tan distinguida, se advertia ese sello fatal de la relajacion, que tarda tanto en desaparecer, ó que no desaparece jamas!

—Amigo mio, dijo Julia á su marido, se trata de saber si este caballero nos debe estar reconocido, ó nosotros á él, dándole el permiso de que nos visite diariamente.

—¡Ah, señora! ¡ésa es una traicion! exclamó Rafael jovialmente. No puede Mr. Blanfort decidir á mi favor, supuesto que no me conoce. ¡No me ha presentado usted á él!

Julia le miró asombrada: un rayo de fúnebre luz penetró en su alma: aquella advertencia irónica le dijo que Rafael iba allí para hacerle la guerra. La púrpura del rubor tiñó sus facciones y respondió:

—¡Es verdad! Diego, D. Rafael de Montalvan, pintor como nosotros é hijo de mi maestro D. Pablo.

Diego se estremeció: en el abandono en que dejaba á su esposa, no conocia á Rafael; pero despues de su última entrevista con Amanda, en la que supo por ella los lazos que le unian á Julia, y cuanto la amaba, empleó las últimas monedas que le quedaban en adquirir el traje que llevaba para ir á buscarle: la casualidad, ó su mala suerte, se lo ponía ante los ojos.

—Creo, caballero, respondió despues de corresponder á la presentacion de su mujer con un frio saludo; creo que V. ha estado ya otras veces en mi casa, y que no debe serle nuestra amistad de gran importancia, cuando ha dejado de vernos.

—He disfrutado ménos de lo que debia de la amistad de VV., respondió Rafael: primero, por el temor de distraerles de sus tareas; luégo, por la enfermedad de Mme. Blanford, y por último, porque una dolorosa desgracia de familia me lo ha impedido; hoy confieso mi pecado: impulsado por el egoismo, he vuelto para tener el honor de ser presentado á V. y para rogarle, lo mismo que á su esposa, me permitan venir todos los dias: la razon de mi deseo héla aquí: amo á Adelina.

Estas palabras, lanzadas con lentitud, produjeron el más extraordinario, pero tambien el más distinto efecto en todos los que las escucharon.

Adelina dejó escapar un pequeño grito de alegría: su hermano respiró como si su corazon se hubiera descargado de un horrible peso: el carmin de la vergüenza cubrió el semblante de Julia, y Clemencia abrió los ojos asombrada. Rafael abarcó con una rápida ojeada estas opuestas sensaciones, y la alegría de la venganza satis-

fecha brilló en sus ojos: con voz entera y grave prosiguió de esta suerte:

—He conocido á esta niña en casa de mi prima, á donde fué alguna vez con su hermana Natalia, y despues en casa de esta última, á la que yo visito de cuando en cuando: amo en ella, no sólo su figura, sino su alma: quisiera poder decir ahora mismo cuándo me casaré con ella; pero no lo hago, para darle lugar á que á su vez me conozca y me ame con ese amor profundo y confiado, necesario para una union eterna, y de que tan buen ejemplo ofrece en la suya Mme. Blanford.

A este tiro tan directo, los ojos de Julia lanzaron rayos de indignacion, y el rosado color de sus mejillas se trasformó en una ardiente púrpura; pero una mirada suplicante de su amiga la contuvo. Rafael prosiguió así:

—Sin embargo, Mr. Blanford, desde ahora pido á usted la mano de su hermana, y la época de nuestro casamiento será V. mismo el que la fije.

Diego miró á su hermana; la niña tenía la vista fija en el suelo y estaba encarnada como una rosa de Mayo.

—¿Qué dices tú á eso, querida mia? le preguntó.

—¡Que le amo ya! respondió Adelina, ocultando su semblante en el pecho de Julia, que se estremeció á su contacto.

—¿Y serías dichosa casándote con él?

—¡Oh!..... ¡muy dichosa!

—De V. es, pues, su mano, respondió Diego, y como su prometido, puede venir aquí cuando quiera: en cuanto á la posicion de V., nada tengo que preguntar, porque sé cuál es.

— Entónces mi mision está cumplida, dijo Rafael levantándose, y sólo tengo que repetir á V. y á Mme. Blanford toda mi gratitud.

Inclinóse, al decir esto, delante de Julia y de Clemencia; estrechó la mano de Adelina, que ésta le alargó sonriendo, y salió de la estancia.

Diego le acompañó hasta la puerta, y luégo volvió cerca de su mujer, que ya estaba de nuevo serena y tranquila al parecer.

— Julia, le dijo con timidez, ¿querrás salir hoy á dar conmigo un paseo por el campo?

— Con mucho gusto, respondió la jóven casi maquinalmente.

— Pues hasta luégo : ahora voy á dar dos lecciones y volveré á buscarte.

— ¡Cómo! exclamó Julia, que volvió en sí al oír estas dos palabras, *dos lecciones*; ¿tienes qué hacer? ¿te ocupas en algo?

— Desde hoy, en dar lecciones á dos jóvenes, cuya enseñanza me ha recomendado un amigo : desde mañana, me ocuparé tambien en pintar un cuadro.

— ¿Vas á empezarlo?

— ¡Sí! ¿Quieres saber su asunto?

— Ciertamente.

— Pues bien, hélo aquí : mi cuadro representará *El Arrepentimiento* : ¿no es verdad, señora, que es un hermoso asunto? preguntó Diego volviéndose hácia Clemencia.

— ¡Muy bello! respondió ésta, en cuyos ojos brillaba una generosa alegría.

— Me lo ha inspirado la vista del que ha concluido mi mujer, y que tanta gloria le ha valido, con el título de *El Egoismo* : con que, hasta luégo, Julia : en acabando mis lecciones volveré para que vayamos á paseo. Adios, señora.

Diego salió. Clemencia se acercó á su amiga y la abrazó con una alegría indescripible.

— ¡Animo! le dijo : ¿no ves ya un rayo de luz en medio de las tinieblas que te cercaban?

— ¡Sí! respondió Julia meciendo la cabeza con desaliento : ¡veo luz; pero es la luz fúnebre del relámpago, que me presagia la mayor de las tormentas!

Maria Fernand
de Arminio